El avellano mágico

Tradicionalmente, el avellano ha sido considerado un árbol mágico. Se dice que posee propiedades asombrosas y que magos y brujos lo empleaban para fabricar sus varitas o para realizar hechizos bajo la luna.

Lucas nació y creció en un poblado al norte de África. Fue educado en el respeto a la naturaleza y a los seres vivos. Provenía de una familia modesta de curanderos que utilizaban las plantas medicinales para sanar a la gente enferma.

Lucas era un chico inteligente, aprendía rápido el oficio familiar y observaba con detalle cómo sus padres recogían todo tipo de flores y plantas y luego las secaban para hacer jarabes y ungüentos. Aprendió a distinguir entre las comestibles y las venenosas y a utilizarlas según sus propiedades. Pero lo que más le gustaba al chico era el agradecimiento de las personas al verse ayudadas. Esto le hacía muy feliz.

Pasaron los años y sus padres murieron. Llegaron años de seguías, de hambruna y miserias. Del cielo no caía ni una gota de agua y el río se secó. Las plantas comenzaron a morirse y los árboles a secarse. Era tan grande el calor que las personas comenzaron a enfermar.

— ¡Lucas, por favor, ayúdanos! –decían sus vecinos.
— Pero... ¿Cómo voy a ayudaros si no hay plantas para recoger? –respondía el chico.

Apurado y entristecido, decidió salir con su mochila dispuesto a encontrar soluciones para ayudar a su pueblo.

— ¡Volveré con soluciones! –les prometió Lucas.

El joven salió al atardecer y caminó y caminó hasta quedar agotado y sediento. Se recostó sobre la tierra seca de aquel lugar ya borroso y allí lo vio. Un maravilloso avellano iluminado por la luz de la luna llena. Lucas se incorporó como pudo y ya sin fuerzas le gritó a aquel imponente árbol:

— ¡Gran árbol mágico! ¡Ayúdame a salvar a mi pueblo!

Pero no obtuvo respuesta. El chico lloró hasta quedarse dormido y, de repente, notó gotas de agua corriendo por sus mejillas.

Al despertar pensó que aún seguía llorando, pero no era así. Del cielo comenzó a caer agua y el río comenzó poco a poco a llenarse de nuevo. La tierra volvió a florecer y los árboles a dar sus frutos.

Lucas se levantó y agradeció al árbol su ayuda. Su aldea recuperó la salud y con ello la felicidad. Desde aquel día no hay una sola casa del poblado que no cuide de un avellano en su huerto en honor a aquel que un día salvó sus vidas.

Javier Armentia - 1ºESO A